

I

Mamá tuvo siempre temor a la vejez y que con ella llegara el delirio. No le gustaban los viejos y le daba mucho miedo perder la belleza, sin darse cuenta de que hacía mucho no la tenía.

Estatura, siete punto cinco veces la cabeza.

Diez veces el rostro (desde el nacimiento del cabello hasta la barbilla).

Diez veces la mano.

Diecinueve veces el dedo cordial.

Treinta veces la nariz.

Siete veces el pie (visto de perfil).

La belleza no es más que la armonía de todas las partes que constituyen el cuerpo humano.

Siempre creí –o quizás fue mamá quien me lo hizo creer– que cuando joven fue más bella que yo. Tenía rituales de belleza que jamás compartió conmigo. Le daba vergüenza admitir que aún quedaba un dejo de coquetería en ella. Pero el deseo es lo primero que brota cuando la razón cede.

Mamá procuró reinventarse afinando su nariz con el dedo índice y pulgar, masajeándola suavemente hacia arriba. Una especie de cirugía plástica sin bisturí. Ella detestaba muchas cosas de sí misma, pero sobre todo el gran parecido que tenía conmigo.

A instancias de mamá practiqué ese ejercicio, pero no sirvió de nada. Todavía tengo una nariz horrible y un cutis que me hace parecer mayor.

A mamá también le molestaban mis labios. Decía que debía mantenerlos retraídos para disimular los rasgos desfavorables de la familia. (Años más tarde comprobaría que eran herencia de la abuela.) Era doloroso mantenerlos contraídos pues los dientes me lastimaban. Quizás me faltó constancia, y mamá no perdonaba esas cosas.

Cuando era niña mamá fue cariñosa conmigo. Acariciaba mi cabello, peinándolo despacio con sus dedos mientras decía que yo era su vida. Y a mí me gustaba quedarme dormida escuchándola entonar canciones de cuna de vírgenes que lavaban mientras sus bebés dormían. Cantaba durante horas, al tiempo que se balanceaba en la mecedora de la abuela y su voz se iba perdiendo en el letargo del sueño. La mayoría de las veces lograba dormirme, pero otras esperaba el ritual. Entonces examinaba las palmas de mis manos y dibujaba con el índice los lóbulos de mis orejas, quizás en un intento por encontrar algún rasgo que delatara mi locura, porque mamá creía que el delirio, al igual que las taras y las enfermedades, se heredaban por la sangre.

La locura se presentó en mí muchos años más tarde. Supongo que tío Alberto habrá tenido que ver. Él me robó una infancia que de todas formas no habría sido hermosa. Una niñez plagada de carencias y angustias, en la que yo no era más que el resultado de un error añejo, que pagué con soledad y amargura. Mamá me culpaba por su destino, y habrá creído que entregándome de esa forma resarciría los daños.

Durante mucho tiempo fui incapaz de atar los cabos de esa trama horrenda, quizás por miedo o por goce. Me resistía a aceptar que mamá hubiese sido capaz de arrojarme a ese abismo.

A María mamá la trataba como si no existiera. Era su forma de vengarse por indagar en el pasado escondido y preguntar por el destino de la abuela, a quien nunca conocimos. No había fotografías de ella en casa, y la primera vez que vi una fue el día después de que mamá murió. Me la entregaron con sus pertenencias en el asilo.

María se inclinaba por las noches sobre mí y me susurraba al oído que mamá guardaba pavorosos secretos en el ático. No me gustaba oírla porque eran cosas que yo no deseaba saber. Pero María siguió diciéndolo con insistencia, y un día comenzó a desaparecer de los álbumes fotográficos. Fue reemplazada por niñas menores, chiquillas que no crecerían nunca y que eran dóciles con mamá. María se convirtió así en un fantasma que sólo rondaba la casa cuando no había nadie.